

E S E N C I A Y E X I S T E N C I A

P o r A N D R E M A U R O I S

de la Academia Francesa

Sí. Gran mar, dotado de delirios.
Piel de pantera y clámide agujereada
por miles y miles de ídolos del Sol...

PAUL VALÉRY: *El Cementerio marino.*

UNOS amigos charlan a orillas del mar. Las olas corren hacia la arena y las algas; el entendimiento sabe que no corren en absoluto; cada gota de agua asciende y descende; por lo demás, no hay gotas de agua. El físico puede muy bien ver en el mar traslación y rotación; sin embargo, allí no existen. *Cette nature fluide* rechaza todas las esencias. El mar no cesa de expresar que las formas son falsas. El océano es un demolidor de ídolos. Allí jamás se convierte en cosa la razón. Sobre la tierra el hombre puede a veces creer que la esencia se impone a la existencia; traza en ella líneas que no son líneas; construye en ella cubos que no son cubos. En el océano, nuestras ideas quedan en nuestras manos como si fuesen herramientas. No se puede de ninguna manera cavar zanjas en el mar. El es apariencia pura; pero al entendimiento la apariencia le basta. ¿No es ella to-

talmente verdadera? Uno de estos relámpagos, recogido y medido, nos daría la altura exacta del Sol, la fuerza de la ola. el calor del aire; cosas todas, en fin. Y también la curvatura de mis ojos, así como la fatiga que en ellos puede quedar como recuerdo de un resplandor demasiado vivo. Nada es verdad más que en un aspecto; mas incluso eso, pensando de una manera universal, borra la relatividad.

Sin este mar que rechaza las ideas, sin este mundo alrededor, no habría ideas. La esencia, separada de la existencia, es forma vacía. Sólo el mundo puede regular nuestros pensamientos. El entendimiento, aislado de la resistente naturaleza, se convierte en razón y no halla más que la prueba. Sabemos que Alain desprecia la prueba; el océano y el mundo se ríen de las pruebas. Pero los dialécticos se olvidan del objeto. Extraño conocimiento del conocimiento donde falta el conocimiento. Si no se vuelve incesantemente a la existencia, todo se pone en tela de juicio. Las palabras mal definidas se prestan a toda componenda; las palabras demasiado definidas carecen en absoluto de objetos que correspondan a ellas. Sí, todo se pone en tela de juicio; pero si las cosas caen en nuestras redes, eso basta. Los dialécticos quieren vivir en un mundo separado: el de las ideas. Pero sólo hay un mundo, y nosotros somos—como dijo Platón—hijos de la tierra, atados a los árboles y a las rocas. La función del entendimiento es distinguir lo que, en apariencia, es del objeto y lo que procede de nosotros. Aquél no conoce la naturaleza de las cosas que mezcla las pasiones con el objeto. Este error prevalece durante los siglos. El hombre se bate por doquier contra su sombra. Proyecta en la existencia una necesidad hipotética y se lamenta a continuación de haberla encontrado allí. Cuando hayamos tomado posesión

de nuestras ideas, cuando estemos seguros de que nos pertenecen, aparecerá el mundo.

Zenón de Elea se asombra de «esta flecha alada, que vibra y vuela, y que no vuela». Pero es que él busca en la cosa el movimiento que es de entendimiento. Lo lejos y lo cerca no se encuentran más en la cosa que en las otras cosas de las que se halla lejos y cerca. Y ¿qué es movimiento, sino distancia aumentada o disminuída? La flecha no puede darnos estas referencias. La flecha es inmóvil, puesto que está donde está; no puede estar en otra parte, no puede ir más allá. Se puede siempre borrar el movimiento diciendo, cuando una bola rueda sobre la mesa de billar, que quizá una bola nueva nazca en un nuevo lugar y que otra muera, tal como sucede con el humo que parece seguir a la locomotora. *Nous choisissons le mouvement.* Sea. Eso está muy bien si sabemos que es obra nuestra. El peligro comienza cuando el dialéctico pretende saltar de la esencia a la existencia. Nosotros pasamos de lo cierto al ser, preguntando si el mundo está, o no, hecho de líneas, átomos y movimientos. La esencia del universo no nos acerca en absoluto a la situación real, cuyo nombre es existencia. Y porque sepa que ese barco es la «Marijuana» y que lo conduce el rey de la refinería, no puedo deducir si tiene velamen bastante para esta racha de viento que pasa. Toda existencia deja un margen de indeterminación. El movimiento y el átomo no son más cosas existentes que los triángulos, elementos reales de la Francia triangulada.

Es un error natural proyectar el movimiento en la flecha; pero es un error peligroso, puesto que entonces pensamos que el orden, la causa, la ley, están también en las cosas. Un dios inmanente aparece y tiene rostro de entendimiento.

Así, pues, el entendimiento no es de este mundo. El nos enseña a interrogar al universo, y el universo es quien responde. Y si la respuesta parece desmentir las leyes del entendimiento, el entendimiento explica el desmentido, que entonces ya no es un desmentido. Pero habéis de saber que si una vez se mostrase alguna razón suficiente en alguna parte, alguna razón en la cosa misma, en fin, una especie de dios pensador en la cosa, la existencia parecería en seguida en la esencia. La prueba de las pruebas sería el fin del mundo. Como ha dicho uno de nuestros sabios, vivimos la muerte de los dioses. El Porqué es la pregunta que, en todos los aspectos, rechaza el entendimiento. ¿Cómo? Eso él lo dirá siempre. Tan pronto como en política el Porqué mata al Cómo, estallan guerras de religión. Amigos míos, no hay en absoluto razón. Decir que este mundo es razón, como hicieron los estoicos, es el origen de toda resignación, es decir, de todo, o casi de todo, el mal posible. Puesto que para un sabio piadoso que se abstenga de hacer el mal, cuántos lo harán porque se dicen que es orden del divino mundo y su invencible voluntad. El mayor peligro, para el político, es creer que hay causas que esperan cuando la nube no deja de llover y la sociedad de perecer. Prudente entendimiento, entendimiento limitado, aconséjanos el valor, conforme al espectáculo de este mar que nada quiere, donde está claro que la misma ola que nos ahogaría nos llevará igualmente. Si nadamos.

¿Hay incluso una ola fuera del entendimiento? Hay mil choques de partículas en danza, removidas, gastadas, golpeadas, sin ningún retroceso ni nuevo comienzo, que forman un caos. Este mundo es un mundo sin leyes, y eso mismo es la ley del mundo. No hay ni dos olas semejantes, ni dos revo-

luciones idénticas. Este sello de la naturaleza no puede ser imitado por la razón. Existir es depender, es ser batido por la ola exterior. No hay, en modo alguno, acontecimiento en el mundo de las ideas, y eso define bien el acontecimiento. Eso define también los límites de la razón. Fluída, pérfida, he ahí la existencia. El hombre lo sabe mejor de lo que parece. Parecemos vivir sobre un conjunto de previsiones realmente ridículas y en las que nadie cree. César no ha previsto los puñales. Y ¿quién, pues, ha previsto el día de su propia muerte? Lo que hace tristes a los hombres es el creer que este destino, que ellos no pueden prever, está empero previsto y es previsible. Ciertamente, la necesidad es de entendimiento, y la ciencia, en el océano del mundo, hace buenas pescas, pero la existencia es bastante fluída para pasar a través de las mallas de la red. Lo cual permite la incertidumbre, el valor, por tanto; los hombres están perdidos si consideran la necesidad del suceso como la necesidad de la suma de los ángulos del triángulo. Lo que ocurre por no saber que el mundo existe. Cada instante nuevo es un milagro, y en seguida deja de serlo para convertirse en un hecho. Consuela esta idea del porvenir. Debes estar tranquilo, corazón mío; hay otra cosa y otra; apresúrate a gozar de esta tristeza, ya que sólo es una arruga en el agua.

Lo posible, aplicado a la existencia, es una idea falsa. En la existencia, lo posible es realmente imposible. No es posible que llueva ahora, puesto que no está lloviendo. Como desquite, lo imposible en la existencia no es de igual naturaleza que lo imposible en el mundo de las ideas. Cuando decimos que era imposible que Ravailac fracasara, nosotros solamente registrábamos un hecho consumado. Y como no hay hecho antes del suceso, la noción de imposible carece de sen-

tido en lo atinente a la existencia futura. En el suceso todo será según las leyes; pero las leyes no explican ni anuncian el suceso, que es la suma de una infinidad de accidentes. El mar danza y el universo se ríe de las previsiones. Como se ve muy bien en economía. La necesidad exterior, objeto y sostén del trabajo, eso es el mundo. El universo es indiferente. Precisamente porque la existencia nada quiere, el hombre perseverante terminará por encontrar un destino en relación con sus pensamientos. Pero ¿dónde está el hombre verdaderamente obstinado? ¿Dónde está, pues, el hombre, sal de la tierra, que jamás se dice a sí mismo que todo está perdido y, todavía menos, que jamás se dice que todo está salvado? Ese hombre sí sabría que el mundo existe. Sin embargo, él no despreciaría el entendimiento. La geometría siempre triunfa. ¿Cómo podría fallar? No es más que una red. Pero nada sustituye a la existencia; nada sustituye a ese balanceo real en el cual las cosas pequeñas y grandes tienen la misma importancia. La nariz de Cleopatra. El grano de arena en la uretra de Cromwell. El hombre, obsesionado por su desgracia o por su ambición, olvida esta inmensa existencia en derredor suyo. Hace suspender su desgracia por encima de él. Y ¿cuándo? En el momento preciso de haber pasado la desgracia, de haberse resuelto la crisis, de haberse hallado con la gran marea la solución a su alrededor. Cierta hombre político interroga a una Europa que él ha formado en su imaginación, espera en vano una respuesta y muere de un resfriado. El secreto más importante de la vida es esperar aquello que no se ha previsto.

No dudar de todo. Dudar de todo no es un pensamiento. ¿Qué es todo? Sino conocer el mundo como apariencia. Saber que esta apariencia nos engaña y no nos engaña. Y—con-

vencido de la indiferencia del mundo—querer. Puesto que la elección es de naturaleza y nosotros estamos embarcados. Quien delibera y decide, ése no importa al mundo. Obrar es otra cosa, ya que todo está empezado y la existencia no espera. El hombre está en el mundo; no tiene por qué hacerse en él un sitio; él está ahí; él nada en él. Ser un cuerpo, tener derecho a chocar, es el principio de la potencia. Cuando se existe, chocar con la existencia es vivir. La existencia no puede nacer de un razonamiento. Sí, el que conociese todas las moléculas y todos los átomos, podría calcular el atentado de Sarajevo. Pero eso no quiere decir nada. La totalidad del mundo no es un pensamiento. Cerrar el mundo es traicionar al entendimiento. El mundo es lo que es en cada instante. El hombre está libre en su puesto, en su posición, en un punto de la cadena de los trabajos humanos, sostenido con provisiones y herramientas, ayudado y ayudando él. Querer no es en modo alguno creer que todo está dicho. Querer es aprovechar su oportunidad. El apasionado continúa deliberando sobre una situación que ya no existe. ¿Cómo salir de ahí? El ha salido y lo ignora. La aventura es la que siempre lleva algo de ventaja a nuestros pensamientos. No le es negada al viejo si él cree en el instante que seguirá, muy nuevo y muy lavado por el vasto universo. El espíritu no puede morir en sí a menos que renuncie. Y el último instante es tan absurdo de pensar como la mayor parte. Tal es la teología de entendimiento.